

rector de la *Compañía del Ohio*, Tomás Lee, fué nombrado Lorenzo para desempeñar aquel destino. Sus ilustradas ideas y su espíritu de justicia se revelaron entónces, á propósito de ciertos puntos cuestionables sobre la colonización del Ohio. Se trataba de realizarlo con alemanes de Pensylvania, obligándolos á pagar obvenciones parroquiales para mantener clérigos de la iglesia Anglicana, aunque ellos profesaban otro culto y ni siquiera entendían el idioma de tales pastores. Lorenzo quiso libertarlos de aquellas gavelas, y decia, entre otras cosas: "Siempre ha sido mi opinion, y espero que siempre lo será, que la opresion de la conciencia es cruel para los que la sufren, y dañosa al país que la impone;" y citaba despues á Inglaterra, Holanda y Prusia, que progresaban por la libertad, y sobre todo á Pensylvania, que era la admiracion de cuantos veían sus rápidos progresos, miéntras que Virginia, por causa de la intolerancia, se poblaba y crecía muy despacio.

Tales eran las ideas de Lorenzo Washington. Su figura es simpática y grata su memoria, para los que saben el cariño paternal que profesó á su hermano; y la historia guarda honroso lugar para su nombre, junto al nombre inmortal del primer hombre de América.

Todo lo que hizo Washington en su juventud, pareció dispuesto para prepararle al gran papel que la Providencia le destinaba en la edad madura. La caza, imágen de la guerra; los cuidados de la familia, imágen del gobierno; los trabajos de agrimensor, imágen de las durezas de la vida; todo fortificó su cuerpo, ilustró y templó su espíritu, formó su corazón y elevó su carácter á la altura que era menester, para que fuera un dia el primer capitán, el primer legislador, el primer hombre de Estado, el fundador en suma, de un pueblo.

ANSELMO DE LA PORTILLA.

## LA MUERTE DEL IMPIO.

*C'est ici le combat du jour et de la nuit.*  
VÍCTOR HUGO.

Revuelto el lecho, y en la helada frente  
Un sudor más helado todavía,  
Y con ansia sintiendo internamente  
Algo cual la hoja de un puñal caliente  
Que al ir hiriendo se tornara fría,  
Así entre el ansia que el dolor provoca  
Se extremece infeliz en aquel lecho;  
El ahogado suspiro oprime el pecho  
Y la sed quema la abrasada boca.  
Ayer la vida le brindaba flores  
Viendo el placer bien cerca ó á su lado,  
Y hoy ocupa angustiado  
El lecho del dolor y los dolores.

Ayer! pero ese ayer que el lábio nombra  
Es la vida, la vida toda entera...  
¡Qué rápida se huyó la primavera!  
Cual nube, como nave, como sombra.  
Ay, al borrar el iris sus reflejos  
La realidad se muestra de repente;  
La triste realidad está presente  
Y léjos la ilusion... pero muy léjos.  
¿Es que la tumba en su impaciencia espera?  
¿Es que el poder gozar ha terminado?  
No lo quiere creer, pero ha llegado  
La verdad, de la muerte compañera.

Ahí están, él y Dios. Tan solamente  
El y Dios. Si la cámara mortuoria  
Se llena con la turba complaciente  
Que lleva en pos de sí la humana gloria,  
Para él no existe el mundo ni su gente,

Solos están Dios y él. Sus ojos cierra  
Y cierra sus oídos  
A la luz, á las voces, á los ruidos,  
A todo lo que le hable de la tierra.  
Y él se contempla como oscuro abismo  
Y en Dios ve el bien que los espacios llena;  
Quiere él huir de Dios que lo condena  
¿Mas como desligarse de sí mismo?  
De la dulce ilusion á la influencia  
Ayer su vida entre las sombras crece,  
Y hoy toda la ilusion se desvanece,  
Se encuentran solos él y su conciencia.  
Todo muere ántes que él. Contempla incierto  
Que rodeado está por el vacío...  
¡Oh, qué solo, Dios mio,  
Qué solo se halla aquel que va á estar muerto!  
El tiempo que pasó tiempo es perdido.  
Vé bien que solamente no lo fuera  
Si útil hubiera sido,  
—Porque es nada la vida que se ha ido—  
Para la eternidad que ya lo espera.  
Y á Dios quiere volverse; y esta idea  
A las suyas de niño se eslabona,  
Y como entónces á su Dios desea;  
Al Dios que al hombre con su amor corona,  
Al Dios que acude siempre que lo llaman,  
Al Dios que todo olvida cuando lo aman,  
Al Dios que siempre por amor perdona.  
¡Qué luz! ¡qué Sol! De nuevo la creencia  
Verterá en su alma de la fé el tesoro,  
Le parece que vuelve á la edad de oro,



Presb. Lic. D. RAMON VALLE.



Le parece que vuelve á la inocencia.

Y cerrando los ojos le parece  
Que se encuentra en el templo de la aldea;  
Luchan sombras y luces: amanece,  
Alegran con sus voces las campanas  
Y un coro de aves en redor gorgoea  
Que al Sol saluda siempre en las mañanas,  
Brilla el altar en múltiples colores,  
Con ellos borda el fondo de tres cruces,  
Pues donde flores no hay todas son luces,  
Y donde luces no hay todas son flores.

A lo léjos, y en notas siempre graves  
Alzan los campesinos dulce canto,  
Y mezclado á sus ecos se oye en tanto  
Cerca, muy cerca, el canto de las aves.

Y oye una voz que con amor bendice,  
Y gozo y dicha a escucharla siente,  
Y esa voz dice: "Dios" únicamente,  
Y es la voz de su madre quien lo dice.  
¡Oh, qué dulce emoción! Y en los excesos  
De un bienestar dulcísimo y profundo,  
Siente en su labio seco y moribundo,  
Algo como el halago de los besos.

Juzga él que se sonríe, aunque su boca  
Rígida, ardiente, inmóvil permanece  
Y en aquél dulce engaño le parece  
Que otra sonrisa su reír provoca.

"Quiero creer! que venga en el instante  
El sacerdote aquel de barba cana  
De pelo blanco y de mirar ardiente  
Que embelleció la muerte dulcemente,  
La santa muerte de mi madre anciana.  
Venga, y el lecho del que muere ahora  
Su voz bendiga que rezando llora.

O venga el jóven de mirada triste,  
De austera faz, de aspecto penitente  
En cuyos ojos la bondad existe  
Y algo de Dios en la serena frente,  
Cuya alma quiere remontar el vuelo  
Y al verse presa y detenida siente  
La nostalgia de su patria el cielo.  
El bendijo á mi esposa  
Y me bendijo al pié de los altares. . . . .  
Que venga ya! lo espera el alma ansiosa;  
Quiero el pródigo ser que de amor lleno  
Vuelve al fin á su padre y á sus lares.  
Ante la turba necia y admirada  
Yo me retractaré.

Dichoso día  
En que á tus plantas yo rompa mi espada  
*¡Oh Fé cristiana al triunfo acostumbrada!*  
*Esto escribe, esto escribe todavía!*

Oh, sí! . . . ¿Mas qué será de mi memoria?  
¿Voy á perder el fruto de mi vida?  
¿Yo mismo acaso destruiré mi historia?  
¿Será mi tumba tumba que se olvida?  
¿Por dársela yo á Dios pierdo mi gloria?  
No ha de ser! Ya el morir no me intimida!  
Ah! mi alma del infierno en lo profundo  
Ha de gozar con el amor del mundo,  
Su admiración, sus cantos eternos  
Oír. Yo he de vivir eternamente,  
Y no en el otro mundo solamente,  
En el mundo también de los mortales.  
Yo lleno el orbe.

¿Mas por qué la idea  
En mi alma se ha fijado del infierno?  
Sufrir, sufrir un sufrimiento eterno. . . . !  
¿Qué verdad tan tremenda, verdad sea!  
Al lado irme á encontrar de los tiranos  
Que tanto odié. . . Yo amaba al Sol naciente,  
Yo amé el follaje de fecundos granos

Que del céfiro al beso se inclinaba,  
Y la cascada y el tranquilo río  
Y la hermosa y feraz naturaleza. . .  
Siempre fué la belleza  
La más dulce emoción del pecho mio.  
Y allá la oscuridad, la vida incierta,  
Que el amor con sus goces abandona,  
Cerrada siempre la pesada puerta.  
Y la esperanza ¡la esperanza! muerta. . . .  
Oh! que venga, que venga el que perdona.  
Elevará la mano;  
Y en el nombre del Dios omnipotente,  
Del buen Dios que adoré cuando cristiano,  
Hará amorosamente

La señal de la cruz sobre mi frente.  
Recuerdo que ese Dios era tan bueno  
Que nos dió el corazón con que nos ama  
De piedad y amor lleno,  
Y nos lo muestra que rompiendo el seno  
Se extiende al exterior su inmensa llama.

No el Dios del Sinaí que entre fulgores  
Ostentó su poder, y que encendido  
Al monte deja por haber pasado,  
Sino el Dios de los pájaros cantores,  
El Dios de los perfumes y las flores,  
El dulce Dios que por amor vencido  
Suplica y llora para ser amado.

Recuerdo. . . yo lo amé. ¿Cuándo, alma mía,  
Cuándo tan dulce paz y regocijo,  
Cuándo tanta alegría  
Como al llegarte con afecto de hijo  
Al Dios de la grandeza;  
Pero amoroso y de bondades lleno,  
Y en su paterno seno  
Reclinara confiada la cabeza?

Lágrimas dulces que la dicha vierte,  
Esperanzas hermosas, nostalgia  
Del alma que gozar del cielo ansía,  
Deseos infinitos de la muerte. . . .  
¡Muerte. . . . ! ¿por qué esta idea  
Surge espantosa en mi intranquila mente?  
¿Que dejar todo necesario sea!

Yo cifré solamente  
En el mundo mi dicha y mi esperanza  
Y mi bien y mi gloria. . . . .  
Y ahora todo lo pierdo juntamente!  
¿Qué importa mi memoria  
Donde yo no estaré? Todo es incierto:  
Conmigo morirán mis esperanzas  
¡No podrán penetrar las alabanzas  
En los oídos rígidos de un muerto!  
Yo no quiero morir!

Que vuelva ardiente  
La sangre á circular como solía,  
Vuelva mi antigua fuerza nuevamente,  
Lata de nuevo el corazón violento,  
¡Si en mi alma yo siento  
Que pudiera vivir eternamente!  
Vuelva mi esfuerzo y que la vida vuelva,  
Quiero de nuevo contemplar el día,  
Quiero de nuevo recorrer la selva.  
Si es tan bella la vida! Si es tan bello  
Del Sol mirar, que en los espacios arde,  
Los gratos esplendores!

El cielo con sus nubes por la tarde,  
Y el mundo con sus fuentes y sus flores!  
Quiero como ántes recorrer el prado,  
Y estar en sus espesas alamedas  
Y perderme despues en sus veredas,  
Y beber en la fuente fatigado,  
Y gozar de las verdes arboledas,  
De la cascada azul, del manso río,  
Y de las brisas de murmurios suaves,

De los místicos cantos de las aves  
Y de la fuente oculta en el sombrío.  
¡Si aún puedo amar! Si el corazón me grita  
Que está ansioso de amor, que siempre es joven,  
Que para ser dichoso necesita  
Dos ojos negros que la paz le roben  
Y la ansiedad le den casi infinita.  
Si escuchar puedo de unos labios rojos  
El dulce *sí*, tan blando,  
Si gozar puedo, casi delirando,  
De esas miradas que en hablar se extreman,  
Y gozar de la lumbre de esos ojos  
Que aman, se encienden y hasta el alma quemán.  
Aunque miro mi fuerza ya perdida  
No sé qué encuentro que me siento fuerte  
Y al goce nuevamente me convida.  
Algo hay en mí que me habla de la vida,  
Y el cuerpo y el dolor me hablan de muerte.  
Quiero vivir, gozar! Siento en mi seno  
El gozar y el vivir como algo mío,  
Vivir, gozar, amar es lo que ansío. . . . .  
Mirando el mundo con mi gloria lleno.  
Han sido mis ideas la simiente  
Que ha cambiado del siglo las ideas,  
El huracán fecundo y permanente,  
Que barriendo el antiguo pensamiento,  
Brilla como relámpago luciente,  
Escribiendo hasta el fin cien Odiseas  
En cada alma que siente lo que siento.  
¿Y he de volver atrás?  
¿Han sido vanos  
Mis anhelos, mis luchas de gigante?  
¿He de volver atrás y delirante  
He de romper mis obras con mis manos?  
La humanidad, el porvenir me miran,  
El fallo de los siglos hoy espero;  
¿Se mofarán los que asombré primero  
Y se reirán aquellos que me admiran?  
De mi gloria y mis triunfos los testigos  
Y que me alzaban en su alma un trono  
¿Verán que sin pudor los abandono  
Y á morir voy en medio de enemigos?  
Aquellos que arrastré con divino estro,  
Atraídos vendrán por mi grandeza  
A rodear el sepulcro del maestro. . . .  
¿Sacaré la cabeza  
Mañana y les diré: Ya no soy vuestro?  
Porque vendrán! No fúnebre aparato,  
Será un triunfo debido á mi memoria,  
Llevarme al panteón cuando sucumba;  
Los laureles de Erato,  
Las flores de la historia,  
Regarán el camino de mi tumba,  
Y si mancho mi gloria,  
Mis amigos más fieles,  
Al verse en su ilusión decepcionados,  
Tristes se volverán y avergonzados,  
Ocultando sus rosas y laureles.  
Oh, no será! Mi gloria á nadie inmoló;  
Si del saber mostré las maravillas,  
¿Han de verme *los otros* de rodillas,  
Si los vencí con mi palabra solo?  
¿Los vencí? . . . Si al luchar soy abatido,  
Si nada puedo ya, ni nada espero. . . .  
¿Cómo soy vencedor cuando me muero?  
Quise vencer á Dios y soy vencido.  
Mi génio y mi grandeza contemplando  
Yo con el odio audaz de quien delira,  
Sobre mi frente amontóné su ira. . . .  
Y ya lo siento que me está esperando,  
¿No lo podré aplacar? ¿No tiene el Padre  
De que el pródigo vuelva gran deseo?

Y aunque Dios es mi Juez y yo soy reo,  
¿No es madre de los dos la misma Madre?  
En sus manos poniendo el alma mía,  
En sus bondades y en su amor confiada,  
Hacia ella dirigiendo la mirada  
Únicamente le diré: ¡María!  
Nada más le diré. Su nombre alcanza  
A dar la paz al corazón que implora,  
Poniendo en ella toda su confianza.  
Ese nombre es consuelo, es esperanza,  
Ese nombre es perdón para el que llora.  
Yo tomaré su mano  
Para ir hacia mi Dios, y de él delante  
No temeré su rostro soberano:  
"Soy la perdida oveja  
"Que tú buscaste cual Pastor constante  
— "Yo le diré—la que entre penas crueles  
"Fuiste á buscar cuando se huyó inconstante,  
"Olvidado por ella de las fieles.  
"Soy la dracma perdida  
"Que al fin hallaste tras luchar ansioso,  
"Por la cual generoso  
"Las que conservas tu bondad olvida.  
"Vél reúne á tus amigos,  
"Con ellos regocíjate este día  
"Y que sean testigos  
"Señor, de tu alegría.  
"En tus trabajos mi favor espero  
"Y en tu amor infinito.  
"Dracma y cordero yo te felicito,  
"Has hallado la dracma y el cordero.  
"El buscarme, Señor, porque me amaste,  
"Duelo, y tristezas á tu pecho traje;  
"Cansado te sentaste,  
"Sobre mi suerte con dolor lloraste. . . .  
"¿Que no sea perdido tu trabajo!  
"Y aunque mis culpas me hacen delincuente  
"Y se oprime con ellas mi memoria;  
"Sé en quién confío; en el Señor clemente.  
"Me contará en su gloria eternamente  
"Entre los suyos Dios. . . . ."  
Pero ¿y mi gloria?  
El mundo con mi nombre está alumbrado  
¿Y se reirá de mí cuando sucumba?  
Soy grande y respetado  
¿Y ahora cobarde, débil y maldado  
Yo con mis huesos mancharé mi tumba?  
Jamás! La humanidad ya me convida  
Con su respeto, en su adhesión profundo,  
¿El mundo no me olvida!  
Y aunque pierda mi gloria en la otra vida  
Será eterna mi gloria en este mundo.  
La misma eternidad mi triunfo encierra,  
Que aunque el cielo sus puertas no me abra  
Yo contra el cielo seguiré la guerra,  
Y venceré en la tierra  
Siempre que se repita mi palabra.  
¿Mas qué inquietud en mi ventura siento. . . . ?  
Ay, será en vano el triunfo conquistado:  
En donde yo no estoy seré alabado,  
Y en donde estoy me esperará el tormento.  
Y el hilo que á la vida me sujeta  
Siempre á romperse más está dispuesto.  
¿Voy á perder bien presto  
O mi cielo ó mi gloria de poeta!  
Ya la muerte sombría  
Sus negras alas en silencio abate.  
¿Qué escoges, alma mía?  
*En esta hora tremenda es el combate  
De la noche y el día.*  
Las entrañas rompiéndome esta duda,  
Ya escucho vagos ruidos



Tomás Ramon  
del Moral  
TB

Llegando en confusion violenta y ruda,  
Algo que no es del mundo á mis oídos,  
Y negra sombra veo  
Que á mi se acerca silenciosa y muda,  
Y mil la siguen entre densas nieblas...  
¡Yo no quiero morir entre tinieblas,  
Que venga Dios, que el sacerdote acuda!

¿No será tarde ya? Puede un instante,  
Un solo instante, reparar los daños  
De años pasados, ¡ay, y cuántos años!  
En rebelion constante?  
Dios me ha estado llamando; lo sentia  
De mi infiel corazon junto á la puerta;  
Sin cansarse en la noche ni en el dia  
Sus golpes repetia,  
¡Y ni un solo momento la halló abierta,  
Y hasta el fin mi ingratitude alcanza  
Hoy que vengo á sus plantas á postrarme,  
Del placer aún perdida la esperanza,  
¡Por dignidad debiera rechazarme!

¡Y vencedor me llamo,  
Si algo infinito el corazon me muerde,  
Si pierdo en un momento cuanto amo,  
Si todo al rededor huye á un abismo,  
Y en él todo se pierde,  
Y me siento perder hasta yo mismo!

Ahora mi nada y mi impotencia veo,  
Yo luché cual un génio soberano...  
¿Qué vale el génio en el cerebro humano?  
Yo soy nada, ¡venciste Galileo!

Y al ver que llega el tiempo ya concluido  
La hora postrer, con movimientos vanos  
Quiso cubrirse el rostro con las manos,  
Quiso gritar, y remedó un gemido.

RAMON VALLE.

(Escrito para este ALMANAQUE).

## TOMAS RAMON DEL MORAL.

(De la obra inédita titulada GALERIA DE MINEROS MEXICANOS).

Puede sin ninguna vacilacion asegurarse, que en todos los círculos científicos, y aún pudiéramos decir, en todos los círculos ilustrados de la República Mexicana, no hay un solo punto en que no sea conocido y estimado el nombre ilustre del distinguido sábio, que, llenando su vida con hechos útiles y meritorios, logró incrustarlo en nuestros anales científicos, dejando en él un título de gloria con que se enorgullece nuestra Patria.

Muchos años han trascurrido desde que los trabajos científicos de este sábio, vieron la luz pública; y todavía hoy son admirados con respeto, buscados con estimacion y consultados con interés; y para las referencias geográficas que hay necesidad de hacer en trabajos de otra naturaleza, á menudo se toma por base la Carta del Estado de México, levantada por el distingui-

do Geógrafo Don Tomás Ramon del Moral. (1)

El entusiasmo con que, cediendo á la admiracion que inspira el sábio, á la gratitud á que es acreedor el que puede reputarse como maestro, (2) al cariño que instintivamente se siente por el compatriota, y al espíritu de cuerpo que es la condensacion de dulcísimos afectos, tomamos la pluma para escribir estos apuntes, se trueca en desaliento al palpar la triste necesidad en que

(1) El 15 de Octubre de 1874, la Legislatura del Estado de México expidió un decreto nombrando una Comision científica para formar la Carta Geológica del Estado; y este decreto en su artículo 3.º previene que sirvan de base para las referencias geográficas, las "Cartas del Sr. Don Tomás Ramon del Moral."

(2) No tuve el gusto de conocer al Sr. del Moral; pero su obra titulada *Curso Elemental de Geodesia*, me sirvió para hacer el estudio de este ramo en el Colegio de Minería.